

Azafran

Padre Pedro José Ynaraja

Durante mucho tiempo dediqué mi columna a comentar animales y plantas relacionados con la Biblia. Creo que de todos he escrito algún artículo, excepto de uno que lo haré otro día. Todo empezó cuando puse en una "hoja diocesana" que si un día disponía de un terreno en propiedad, plantaría, para mi goce personal, un jardín bíblico. Como no disponía de él, lo fui sembrando simbólicamente mediante comentarios. Nunca he querido escribir el texto en estilo de enciclopedia, era evidente que consultaba unas cuantas cada vez y mi honradez exigiría que, si un día lo hiciera en este estilo, debería citar las fuentes y al escrito le faltaría amenidad, por muy verídico que fuese. Hoy en día, a quien le interese el tema, le resulta muy fácil conseguirlo: introduce el nombre del vegetal o del bicho junto a la palabra Biblia y espera que el inefable google le responda. La dificultad surgirá si pretende leerse todos los archivos que se le mostrarán. Dicho lo anterior, quien me lea, que busque siempre una razón implícita, la intencionalidad del contenido, que nunca estará oculta.

En aquellos lejanos tiempos de mi infancia, mi madre ponía siempre azafrán en la paella, nunca le hice preguntas al respecto. Vivía entonces en Burgos y asistía a misa al convento de los Carmelitas. Por algún motivo fútil, entraría a la sacristía, seguramente ofreciéndome a ayudar a misa, y empezó de esta manera una cierta relación personal con los frailes. Cultivaba el huerto el Hno. Rafael. Tenía en un rincón plantas de azafrán y recuerdo como si fuera ahora, que recogía sus flores y me enseñaba los hilos que de cada una de ellas conservaría secos, para utilizarlos en la cocina. Su tarea la efectuaba con primor. Durante muchos años fue esto lo único que sabía de la planta.

Se habla y se comenta con razón y pena, de cómo aumenta entre nosotros el divorcio. No seré yo quien lo justifique o sea observador indiferente. Los estudiosos señalan las causas, verídicas sin duda. Nunca he visto que digan que un antecedente de la triste separación matrimonial, pueda ser la trivial ruptura de amistades anteriores, si es que se ha tenido antes. Advierto que hoy en día, se utiliza la palabra amigo con demasiada frecuencia y equivocadamente. Sería más exacto, en la mayoría de los casos, llamarlo colega, compañero, camarada, compadre, socio o hasta cómplice. Me temo que, en caso de que exista auténtica amistad, ni se trate de cultivarla responsablemente, ni se pretenda perpetuarla, en la mayoría de los casos. Yo, que en mi juventud escogí el celibato, me tomo muy en serio cualquier relación amigable, que se le parezca o que pueda ser su inicio. Pasarán tal vez 50 años y si me encuentro con alguien con quien tuve un trato cordial, lo recibo como si la ruptura o el olvido, fuera asunto de escasos días. Estoy convencido de que mi fidelidad a la amistad, será un testimonio, un acicate exigente, para la lealtad mutua de los que han escogido el matrimonio.

Pero hay algo más, también me creo obligado a ser fiel a mis experiencias, a mis vivencias y a mis recuerdos. Nadie puede ser fiel a los demás, si no lo es a sí mismo.

Pensaba estas cosas cuando el otro día me decía un antiguo vecino, con quien todavía conservo alguna relación, que a mediados de octubre, florecía su azafrán. Me sentí obligado a ir a verlo, observarlo y a fotografiarlo. Mientras lo hacía, iba recordando a aquel buen fraile lego, a mi madre y a mí mismo, que de pequeño lo confundía con tantas flores semejantes que abundan por nuestros prados, que no son comestibles y algunas incluso son tóxicas. Miraba aquellas plantas, de las que únicamente se aprovechan tres hilitos, los rojos estigmas florales, que contrastan con el vivo amarillo del pistilo y el violeta de la corola. Acabé satisfecho de la visita, había sido fiel a mí mismo, lo soy ahora pensando que al compartir estas reflexiones de alguna manera establezco vínculos de amistad con los lectores.

He leído que se necesitan 250.000 flores para conseguir un kg de azafrán, de aquí que se le llame el oro rojo. Su precio supera hoy al del precioso metal amarillo. En la Biblia aparece una sola vez y es en el Cantar. En aquellos tiempos no era considerado especia culinaria, era utilizada como preciado cosmético. Su nombre científico es *Crocus sativus*.

Padre Pedro José Ynaraja